

Presentación del libro “Nuestra historia contada a partir del Caribe colombiano”, en la Academia Colombiana de Historia.

Por: Carlos Rodado Noriega

Bogotá, julio 14 de 2026

Deseo agradecer a la Academia Colombiana de Historia la invitación que me ha formulado a través de su secretario general a presentar el libro de mi autoría: “Nuestra historia contada a partir del Caribe colombiano”.

Fueron varias las razones que me motivaron a escribir este libro, con el enfoque que se puede intuir desde el momento en que se lee el título. Una primera razón es que la historia que nosotros y varias generaciones de colombianos aprendimos está incompleta. Nos la contaron recortada. A todos nos enseñaron que nuestra historia comienza cuando llegan los españoles. Que antes de eso había poco que contar. Pero eso no es cierto. Cuando los españoles llegaron no encontraron un vacío cultural. Ya éramos el resultado de miles de años de evolución humana, cultural y social que casi no aparecen en la mayoría de los libros con los que se enseña historia en Colombia.

Otra razón que me motivó a escribir este libro ha sido la poca o nula consideración que la historiografía tradicional le ha dado a hechos notables que sucedieron en el Caribe colombiano, y a personajes oriundos de esta región que jugaron un rol protagónico durante la Conquista, la Colonia o el período republicano. A guisa de ejemplo, a José Padilla se le describe reiteradamente como un mulato revoltoso que intranquilizaba a los próceres de la independencia, desconociendo que la causa por la que luchaba en favor de las gentes de su raza y su color era tan legítima como la que libraban los americanos contra el régimen español.

El libro “Nuestra historia contada a partir del Caribe colombiano” nace también de otra inquietud muy simple y muy pertinente: ¿Quiénes éramos antes de que alguien viniera a contarnos quiénes éramos?

Américo Vespucio llamó a esta parte del planeta “Nuevo Mundo”. Pero ese apelativo de “nuevo”, generó una distorsión conceptual y psicológica que nos hizo pensar que todo había empezado con la llegada de unos navegantes europeos. Nos hicieron creer que somos muy jóvenes. Pero la arqueología, la antropología y la evidencia nos dicen algo distinto: Somos profundamente antiguos, mucho más viejos que lo que los españoles creyeron cuando llegaron extraviados a una tierra desconocida.

Hoy quiero invitarlos a mirar a nuestro país de otra manera. El verdadero origen de Colombia no está en las montañas sino en el Caribe, que fue el embrión del período formativo, como lo denominan los arqueólogos. Por allá empezaron a gestarse, desde los tiempos prehispánicos, avances culturales tempranos que luego se proyectaron por los ríos Magdalena y Cauca a la zona andina.

Pero, ¿por qué decimos que nuestra historia está incompleta? Porque nos contaron el final como si fuera el comienzo. En la historiografía tradicional de nuestro país se ha privilegiado la historia escrita y relegado a segundo orden la esculpida en piedra y, sobre todo, la que reposa en yacimientos arqueológicos. Así las cosas, el pasado de nuestra nación se empieza a contar desde la llegada de unos navegantes europeos y se borran del relato miles de años que hablan a través de restos óseos, fragmentos de cerámica o instrumentos líticos. Hay una historia prehispánica que no se debe silenciar porque es la que nos dice de dónde venimos y cómo fuimos evolucionado desde estados primitivos de civilización hasta alcanzar pisos más altos en la escala del desarrollo humano.

Ese proceso duró muchos siglos, durante los cuales el tiempo parecía estar congelado, sin que se notara un avance significativo en las realizaciones del hombre americano. Sin embargo, el avance se estaba forjando, aunque de un modo lento, lentísimo. Hoy no alcanzamos a dimensionar el sudor que tuvieron que derramar nuestros ancestros en el curso de decenas de milenios para pasar de cazadores-recolectores a cultivadores de plantas y procesadores de alimentos.

Aunque algunos historiadores utilizan el adjetivo prehistórico para referirse a lo que existía en América antes de la llegada de Colón, en este libro hemos preferido emplear el adjetivo prehispánico. En efecto, si la historia es “el acontecer humano en el tiempo” según la acertada definición de Marc Bloch, entonces la historia aparece con la presencia de seres humanos en una determinada área geográfica.

Si queremos saber cuál es nuestro origen lejano es indispensable mirar hacia atrás para descubrir nuestras raíces que se hunden en las profundidades de tiempos inmemoriales. El componente aborígen es parte fundamental de nuestra esencia, de nuestra sangre, pero nuestro ADN es el resultado de una mixtura pluriétnica. El mestizaje es lo que nos da identidad como grupo humano y por lo mismo debemos valorarlo como el patrimonio más valioso que nos distingue y nos enaltece. Es un legado que empezó muchos siglos antes del llamado descubrimiento del “Nuevo Mundo”, como lo veremos en las páginas siguientes.

Esta manera de entender la historia, auscultando el pasado remoto, no había merecido mucha atención en Colombia hasta comienzos de la Segunda Guerra Mundial. No se conocían en Colombia, métodos de cronología absoluta, de tal manera que se dificultaba plantear correlaciones espaciales o períodos temporales con rigor científico.¹ Sin embargo, al despuntar la década de los años cuarenta del siglo XX, cuando un grupo de etnólogos, lingüistas y antropólogos europeos llegaron a nuestro país, se empezó a alentar en jóvenes colombianos la vocación por las disciplinas en las que esos científicos se desempeñaban en sus países de origen. De ese grupo hicieron parte, entre otros, Paul Rivet, Henri Lehman, Justus Wolfrang Schottelius y Gerardo Reichel Domatoff. Fueron estos expatriados por el nacionalsocialismo los iniciadores de los estudios etnográficos y de antropología social en nuestro país, y detrás de ellos surgió una cauda de investigadores vernáculos que, desde 1960, han desarrollado investigaciones con trabajo de campo y mediciones que han contribuido a profundizar el conocimiento sobre las raíces culturales, étnicas y lingüísticas de nuestros pueblos aborígenes.

Para establecer las secuencias de cambios que se producen a lo largo del tiempo los arqueólogos acostumbran hablar de períodos que se pueden reconocer por la evolución del modo de vida y de la tecnología utilizada en la elaboración de instrumentos, armas y utensilios necesarios para adaptarse al entorno y aprovechar sus recursos. El primer instrumento multifuncional del que se valió el hombre, además de sus manos, fue la piedra. Por eso, la forma y función de los artefactos líticos han sido utilizados para definir espacios cronológicos relacionados con cambios en la cultura material de sociedades primitivas.

En el contexto de las dataciones los arqueólogos definen para el caso americano tres períodos bautizados como: paleoindio, arcaico y formativo. En el primero de esos períodos, los grupos humanos se caracterizan por ser esencialmente cazadores y recolectores trashumantes. En el segundo, el arcaico, la vida es menos nómada que la de los cazadores; los grupos humanos se asientan temporalmente en los lugares donde las condiciones climáticas y ecológicas les facilitan la obtención del alimento. Este período es una etapa de transición entre la vida nómada del cazador y la del agricultor rudimentario, pero todavía no hay cerámica ni agricultura. En el tercero de los períodos, el formativo, los registros arqueológicos evidencian el surgimiento de desarrollos, entre otros, el cultivo de plantas, la cerámica y la orfebrería, actividades que son propias de una vida sedentaria que da lugar a la formación de aldeas. El comienzo o el final de cada fase no está determinado por una cota cronológica única pero, aun así, los arqueólogos establecen rangos temporales que corresponden a determinadas formas de vida y a las tecnologías utilizadas por los grupos humanos bajo estudio.

En nuestro país la cronología de las etapas arqueológicas precolombinas se establecen así: período paleoindio desde unos 15.000 a.C., el arcaico desde unos 7.000 años a.C., y el formativo desde unos 2.000 años a.C. hasta el siglo XV. Esas fechas no son cotas exactas sino aproximaciones a momentos en los que se estima se produjeron cambios profundos en los modos de vida.

LOS PRIMEROS POBLADORES DE AMÉRICA

Según una teoría que ha tenido una amplia aceptación entre los científicos los primeros ocupantes del territorio colombiano venían del norte del continente, y después de atravesar Norteamérica y Centroamérica o bordear la costa Pacífica llegaron a Panamá, y desde allí penetraron a nuestro país por sus zonas costeras. Sin embargo, aunque parezca extraño, las evidencias más antiguas de presencia humana en el territorio nacional no se han encontrado en el Caribe ni en el Pacífico colombiano sino en la Sabana de Bogotá. Esta situación se pudo producir porque los primeros seres humanos que penetraron al territorio que hoy se llama Colombia eran bandas o grupos pequeños que no tenían una vida sedentaria, pues debían moverse buscando su alimento que, por lo general, consistía en plantas y frutos silvestres recolectados manualmente o animales pequeños como el curí o el armadillo. Pero el hecho de que las manifestaciones más antiguas de esa etapa paleoindia correspondan a grupos que arribaron y ocuparon la meseta andina no significa que esos nómadas primitivos hubieran sido también los primeros en llegar a la etapa formativa. Ese nivel superior de avance cultural se produjo en la región caribe colombiana, donde surgieron las primeras prácticas de cultivo de plantas, cerámica y orfebrería.

Las culturas prehispánicas que se asentaron en la parte septentrional de Sur América no dejaron construcciones majestuosas como las que aún se pueden observar en Mesoamérica y en los Andes Centrales. Pero la ausencia de esta clase de construcciones monumentales no puede ser un pretexto para no conocer la historia temprana de nuestros grupos aborígenes. Al estudiarla se descubren sucesos de mucha importancia no sólo en el contexto colombiano sino americano. Por ejemplo, que las primeras cerámicas colombianas antecieron en más de un milenio a las más antiguas encontradas en México o Perú. Por eso, el profesor Reichel Dolmatoff no duda en afirmar que los resultados de sus investigaciones en el sitio de Puerto Hormiga, a orillas del Canal del Dique, convierten a la Costa Caribe de Colombia en el lugar de origen, o de dispersión masiva del arte alfarero en todo el Continente Americano.

La mayoría de los arqueólogos hasta una fecha muy reciente han tenido la convicción de que el poblamiento de América empezó con migraciones de grupos humanos provenientes de Siberia que ingresaron por la parte más septentrional del continente. Sin embargo, hay menos consenso en cuanto a la fase temporal en que se produjo ese ingreso

La carencia de un consenso científico ha dado lugar a una pluralidad de hipótesis sobre la llegada del hombre al territorio americano. Así, el famoso etnólogo Paul Rivet, fundador del Museo del Hombre en París, considera que el poblamiento de América se produjo a través de varias rutas, entre otras, la del océano Pacífico, por la que llegaron navegando, según su análisis antropológico, lingüístico y etnológico, melanesios y polinesios, expertos marinos acostumbrados a desplazarse entre las diferentes islas de Oceanía. Aunque lucen muy ingeniosos los argumentos del etnólogo francés, no existen pruebas concluyentes que validen la hipótesis de un contacto interoceánico entre la América prehispánica y el resto del mundo.

El arqueólogo austriaco Reichel-Dolmatoff, un pionero de los estudios etnológicos y antropológicos en nuestro país, considera que la entrada de los primeros pobladores al territorio colombiano se realizó por la región limítrofe con Panamá. Esa misma convicción la tiene el profesor Gonzalo Correal Urrego, que encontró en Bahía Gloria, Golfo del Darién, artefactos líticos en forma de proyectil con características tipológicas similares a algunos objetos hallados en las cercanías de la represa Maden en Panamá, lo que constituía, para él, evidencia de contactos o influencias desde la zona del Istmo hacia Colombia. Para respaldar la tesis de una migración en el sentido norte sur, el antropólogo Gonzalo Correal Urrego presenta como evidencias “los desarrollos líticos localizados en la Sabana de Bogotá”, de características parecidas a los de la zona del Darién.

Una de las fechas más antiguas de presencia humana en nuestro país se ha establecido en 12.460 años antes del presente, en el sitio de El Abra, cerca de Zipaquirá, lo que permite concluir que el hombre estuvo presente en la Sabana de Bogotá desde esa fecha temprana. Estos primeros ocupantes de la meseta andina **no fueron** los antecesores inmediatos de los muiscas. Sus predecesores llegarían unos milenios más tarde en nuevas oleadas migratorias procedentes probablemente de Centroamérica, como se ha inferido por ciertas similitudes lingüísticas y genéticas.

En 1986, Carlos Castaño Uribe, entonces Director de Parques Nacionales de Colombia, viajaba en un avión Cessna 206 con destino al parque nacional Amacayacu pero por mal tiempo la nave tuvo que desviarse y sus ocupantes se encontraron frente a un espectáculo maravilloso. En unas formaciones montañosas con laderas completamente verticales podían ver centenares de relieves terracotas que los impresionaron profundamente. Por accidente habían llegado a la

Serranía de Chibiriquete situada entre los departamentos de Guaviare y Caquetá. Castaño se dedicó entonces a investigar cuál podía ser el origen de esos relieves coloridos y majestuosos. Después de veinte años de investigación científica y con apoyo de métodos de medición tecnológicamente avanzados se logró determinar que varias de esas imágenes terracota tenían una antigüedad de 19.600 años y otras 11.000.

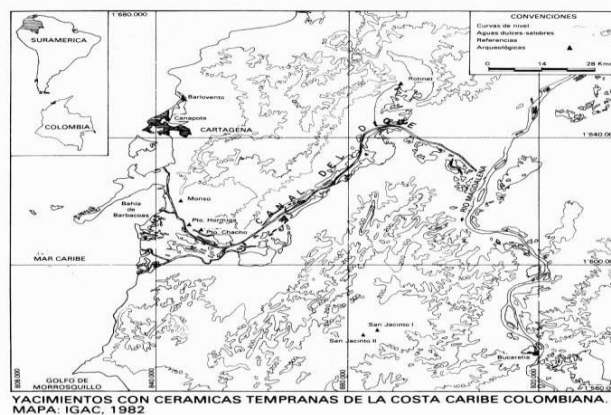
Esto significa que en Chibiriquete había presencia humana desde esas fechas, por cierto de las más antiguas encontradas hasta hoy para el continente suramericano. Chibiriquete era fundamentalmente un lugar de rituales sagrados donde centenares de personas se congregaban en ciertas épocas del año. No se han encontrado evidencias de que Chibiriquete fuese un lugar para la vida sedentaria de algunos grupos paleoindios, lo que sí se puede afirmar es que es una de las manifestaciones más antiguas del arte rupestre americano que se produjeron durante la época de la llegada del hombre a nuestro continente. Con razón se la llama la Capilla Sixtina del arte amazónico.

Aquí es importante señalar que en ninguno de estos sitios, catalogados cronológicamente en la etapa paleoindia, hay evidencias de alfarería, de cultivo de plantas o de conformación de aldeas propias de una vida sedentaria. Lo que caracteriza la indumentaria de estas tribus primitivas son instrumentos o herramientas para cazar o pescar animales terrestres o acuáticos, o para procesar y preparar las presas que les servirían de alimento.

Durante el período que va de los años 4.000 a. C. a 1.500 a.C., el Alto Amazonas y las regiones costeras de Colombia fueron el asiento de modos de vida y formas de cultura que sólo aparecieron en México o en el Perú alrededor del año 1.000 a. C.

Una de las regiones de la actual Colombia donde habían ocurrido avances culturales durante el período formativo temprano fue precisamente la región Caribe. El profesor Reichel-Dolmatoff, que fue el primer científico que utilizó en Colombia el método del radiocarbono para medir la antigüedad de fósiles animales o vegetales, estudió a fondo la etnografía y la lengua de los chimilas y de los koguis. Pero su mira era de vastos alcances, y en cumplimiento de los objetivos que se había trazado realizó investigaciones arqueológicas en las zonas aledañas a Cartagena y el Canal del Dique, y avanzó hasta las riberas de los ríos Magdalena y Sinú.

El profesor investigador austríaco realizó excavaciones estratigráficas, analizó acumulaciones de capas terrosas hasta de seis metros de profundidad, desenterró fragmentos cerámicos y artefactos líticos y llegó a conclusiones verdaderamente asombrosas en lo atinente a nuestros más remotos antepasados. Somos más antiguos que lo que pensaban los navegantes europeos cuando llegaron a las Antillas a finales del siglo XV. La arqueología nos ha ayudado a descubrir que varios milenios antes de Cristo ya había grupos humanos asentados en sitios cercanos a la desembocadura del Canal del Dique, con modos de vida muy rudimentarios pero característicos de una etapa formativa temprana.



LOS CONCHALES DE PUERTO HORMIGA

En 1961, Gerardo Reichel-Dolmatoff publicó un ensayo donde revelaba la importancia que, para la historia de la evolución cultural del Caribe colombiano, tenía el descubrimiento de unos restos arqueológicos en la finca Pomares localizada cerca de Puerto Hormiga, un embarcadero en la margen derecha del Canal del Dique.

Las excavaciones realizadas en el conchal de Puerto Hormiga, determinaron que además de moluscos había fragmentos cerámicos, artefactos líticos, restos óseos de animales de presa, fogones y conchas quemadas. La cerámica es de un color entre carmelita oscuro y rojizo, y los restos de vasijas permiten deducir que estos recipientes tenían una forma semiglobular. Un alto porcentaje de la cerámica (70%) muestra evidencias de un desgrasante vegetal, propio de culturas muy tempranas, y el modo decorativo se caracteriza por la incisión, hecha con algún instrumento de punta roma o incluso con el dedo.

Al analizar las características culturales del sitio de Puerto Hormiga, el arqueólogo constató que se trataba evidentemente de recolectores cuya subsistencia estaba basada en recursos esterofluviales (moluscos, peces, reptiles), pero también en la recolección de semillas y nueces silvestres. No encontró indicios de agricultura ni de caza, ni siquiera de fauna menor.

La fecha más antigua de los sitios arqueológicos que se estaban investigando, mediante el método de carbono-14 y la técnica de “seriación”, fue de 3.090 años antes de Cristo, con un margen de error de 70 años. Cuando se dio a conocer esta datación, en 1961, fue considerada la más antigua asociada a cerámica en el continente y, por lo mismo un hallazgo asombroso. Puerto Hormiga se convertía así en punto de mira de los arqueólogos más importantes del mundo.

En 1974, siguiendo esa metodología de formar secuencias temporales sobre la evolución de las culturas establecidas en la parte septentrional de Suramérica, el doctor Reichel y su esposa Alicia Dussán empezaron a realizar excavaciones y sondeos en el sitio denominado Monsú, en las cercanías de Puerto Hormiga. Ubicaron un montículo de formado por acumulación de capas de basura, detritus y tierra de varias generaciones que se pueden observar en los diferentes estratos a medida que se profundiza la excavación. Como ellos lo explican, después de recolectar 65.757 fragmentos cerámicos y de realizar un análisis riguroso de la estratigrafía del sitio, identificaron cinco períodos culturales, que clasificaron desde los más antiguos,

correspondientes a los estratos más profundos, hasta los más recientes en los estratos más superficiales.

El período de ocupación más antiguo, bautizado “Turbana”, discurrió en el cuarto milenio antes de Cristo y concluyó en 3.350 a. C., con un margen de error de 80 años. Pero este es el año en que se extinguió esa civilización y, por lo mismo, Dolmatoff considera que debió iniciarse entre 4.000 y 5.000 años a.C. La datación realizada mediante el método de radiocarbono es la más antigua conocida para una cerámica en el Nuevo Mundo.

Antes de la publicación del artículo sobre Monsú (1985), Reichel-Dolmatoff consideraba que la cerámica de Puerto Hormiga era la más antigua del continente americano, pero cuando se excavó el sitio de Monsú, el período “Turbana” se posicionó como uno de los hitos más tempranos en la historia de la cerámica precolombina, aunque todos los hallazgos están localizados en la misma zona geográfica del norte de Colombia, y algunos de ellos muy próximos entre sí.

Sin embargo, como suele suceder en las investigaciones arqueológicas, nuevos hallazgos van replanteando el ranking de antigüedades, y esto fue lo que aconteció cuando el arqueólogo colombiano Augusto Oyuela Caicedo, profesor de antropología en la Universidad de la Florida, excavó en 1987 San Jacinto I, situado un poco más al sur, en el departamento de Bolívar. La datación para este yacimiento arqueológico se estableció en 3.750 ± 430 a.C., que con el margen de error tendría una datación muy parecida a la del período Turbana. También se pudo comprobar que la cerámica sanjacintera incorporaba desgrasantes vegetales en un 100% de las piezas examinadas; Oyuela excavó también otro sitio que llamó San Jacinto II, sin datación absoluta, con un 69% de desgrasantes vegetales, razón por la cual se ha considerado posterior a San Jacinto I. Es decir, las cerámicas encontradas por Oyuela son tan antiguas como las de Dolmatoff, lo que haría pensar que los antiquísimos aborígenes que ocuparon “la tierra de la hamaca” fueron, con los de Monsú, los precursores de la alfarería en nuestro continente.

En la misma línea de investigación encaminada a examinar nuestro pasado prehispánico, es importante destacar los trabajos realizados por el arqueólogo Carlos Angulo Valdés. El profesor Angulo empezó desde los años cuarenta a realizar exploraciones en varios sitios del departamento del Atlántico: Tubará, Cipacua, Mequejo, Malambo y Salgar. Tubará era la más grande encomienda de indios en el período colonial. Seleccionó a Malambo porque buscaba evidencias empíricas para demostrar que la cultura del Bajo Magdalena se había irradiado a otros lugares del Caribe continental (era apenas un pálpito sin comprobación empírica).

Un hecho que llamó profundamente la atención fue el tipo de cerámica encontrada en Malambo, de unas características particulares, más rica en formas y con un modelado inciso. En 1957 el arqueólogo Irving Rouse, profesor de la Universidad de Yale, llegó a Barranquilla y examinó la cerámica, confirmó su similitud con las de Las Barrancas en Venezuela, y la clasificó como del estilo “barrancoide”.

En 1958, cuando todavía no se había fundado el primer departamento de Antropología del país, Angulo Valdés viajó a Estados Unidos como beneficiario de una beca, gracias al contacto con los distinguidos arqueólogos Betty Meggers y Clifford Evans. Allí aprendió sobre datación mediante el método del Carbono14 y la técnica de seriación a partir de muestras de diferentes estratos. En un evento del Instituto de Investigaciones Etnológicas de la Universidad del Atlántico, dio a conocer la antigüedad de dos muestras recogidas en Malambo. La más

antigua se dató 3.070 años antes del presente. La tipología de la cerámica y su antigüedad era muy similar a la de cerámica de Las Barracas en el Bajo Orinoco. Lo que no se sabía era el sentido en que se había movido la transculturación del modelado incisivo y de los budares para cocinar tortas a base de tubérculos, especialmente de yuca.

En 1965, cuando Reichel Dolmatoff dio a conocer los resultados de la datación de las muestras de Puerto Hormiga, Angulo Valdés, que hasta entonces había visto a Malambo como el foco cultural a partir del cual se había irradiado la técnica de cerámicas tempranas hacia otros lugares, tuvo que aceptar que ese punto focal estaba en otra zona del norte de Colombia: la zona del Canal del Dique, donde estaba ubicado Puerto Hormiga.

Pero el trabajo arqueológico de Valdés fue muy importante. El hallazgo de numerosos fragmentos de grandes platos planos (budares) constituyen evidencias de la utilización temprana de esos utensilios para cocinar la harina de la yuca y preparar el cazabe. Las dataciones realizadas mediante el método del Carbono 14 le permitieron concluir que en la Tradición Malambo se hicieron los primeros ensayos de vegecultura² en Colombia y que fue allí también (año 1.120 a. C.)³ donde se empezó a utilizar el tubérculo *Manihot esculenta* para preparar el llamado “pan de los indios”, método que luego se difundió a otros lugares del norte de Suramérica. El hallazgo de huesos calcinados de perro con muestras de carnicería en casi todos los cortes, eran un indicio de la domesticación de este animal y del uso de su carne como alimento.

Un hecho de interés arqueológico e histórico fue haberle encontrado una interpretación etnológica a un objeto rupestre de tres puntas, conocido como trigonolito, que en un principio fue considerado como un alisador de las cerámicas. Sin embargo, después de analizarlo detenidamente se pudo concluir que este objeto tenía la misma forma de aquellos que había encontrado Marcio Veloz Maggiolo⁴ en República Dominicana, en 1972 y, por lo mismo, no era un instrumento para pulir sino un ídolo similar a los tallados por los indios de las Antillas para rendirles culto a divinidades o espíritus ancestrales que, según sus creencias, se alojaban o seguían viviendo en esas esculturas. Entre sus divinidades más importantes (cemíes), además del creador de todas las cosas, estaba *Yucahu*, determinador de las buenas cosechas, particularmente de la yuca, el tubérculo que constituía la base fundamental de su alimentación. Pero la mayor importancia de la pieza hallada en Malambo es su antigüedad, como quiera que los cemíes más antiguos encontrados hasta entonces en Puerto Rico o República Dominicana tenían una datación de 200 años a. C., mientras los provenientes de las orillas del Magdalena se remontaban al año 1.100 antes de Cristo. Es decir, no sólo el cultivo de la yuca sino el culto a la divinidad asociada a ese cultivo se iniciaron en esta parte noroccidental de Colombia y desde aquí se difundieron a otros lugares del norte de Suramérica y de las Antillas.

² Vegecultura es el cultivo de tubérculos, rizomas y raíces.

³ El antropólogo colombiano Carl Henri Langebaek Rueda, considera que existen problemas de contexto relacionados con esta datación, tendiendo un manto de duda sobre la antigüedad del sitio tipo. Sin embargo, arqueólogos muy distinguidos de prestigio internacional nunca pusieron en duda la referida datación. Para las inquietudes de Langebaek, véase *Noticias de caciques muy mayores*, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1998.

⁴ Reconocido arqueólogo y antropólogo dominicano, fue Director del Departamento de Antropología e Historia de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

Además, el hallazgo de este cemí en la Tradición Malambo podría ser un indicio de que los habitantes ribereños del Bajo Magdalena, hablaban una lengua que tenía relación con la familia de lenguas arawak, dada la similitud de los rituales con que les rendían tributo a la divinidad representativa de su principal cultivo (*Yucahu*). De confirmarse esta hipótesis, los yacimientos arqueológicos explorados por Angulo en los últimos 110 kilómetros del Bajo Magdalena corresponderían a los pueblos más antiguos de lengua arawak en el territorio colombiano. Todas estas conclusiones y conjeturas del connotado arqueólogo fueron recogidas en un libro titulado *La Tradición Malambo*, publicado en 1981 por el Banco de la República.⁵

LAS LENGUAS DE NUESTROS ABORÍGENES

En la parte septentrional de Suramérica, a diferencia de lo que aconteció en México o en los Andes Centrales no hubo un imperio que unificara a las diferentes tribus bajo un mando político y una misma lengua. Las tres cordilleras, la diversidad de nichos ecológicos propició la diversidad de lenguas. Los lingüistas han agrupado las lenguas de las diferentes comunidades en familias que tienen un origen étnico, histórico y geográfico común. El mayor flujo de migrantes que llegaron al territorio americano se produjo a partir del año 4.000 a.C. La mayoría de los lingüistas convienen en que esos tempranos migrantes que arribaron de Centro América, de la Amazonia o de la Orinoquia dieron lugar a tres grandes troncos: chibcha, arawak y caribe.

El calificativo chibcha asignado a una de esas familias no es precisamente el más adecuado, porque parece sugerir que hubiera sido la lengua chibcha la matriz de la cual surgieron las que hacen parte de ese tronco, lo que no es así, pues lenguas chibchas se hablaban antes de que los muiscas aparecieran en su sitio. Más aun, la palabra chibcha **no aparece** en los registros más tempranos de los conquistadores. Fue fray Pedro Simon quien afirmó en 1625 que ese nombre hacía referencia a la lengua hablada en la Sabana de Bogotá.

La teoría que más aceptación ha tenido hasta ahora, es una según la cual las lenguas llamadas chibchas, incluida la de los muiscas, tuvieron su origen en el territorio centroamericano, especialmente en la zona limítrofe entre Costa Rica y Panamá, y desde allí empezaron a emigrar, unas hacia el norte (Nicaragua y Honduras), y otras hacia el territorio colombiano, proceso que debió ocurrir alrededor del año 4.000 a.C.

Uno de los lingüistas que más ha estudiado las lenguas chibchas es el costarricense Adolfo Constenla Umaña, que empezó a investigar sobre ese tema desde su tesis doctoral para la Universidad de Pennsylvania (1981) y luego profundizó su investigación durante los años siguientes. Sus estudios y los de otros lingüistas confirman que el epicentro de las lenguas llamadas chibchas es la región centroamericana. Constenla no encontró fundamentos fonológicos, cronológicos ni genéticos que respaldara la tesis de un origen los Andes Orientales de Colombia y, mucho menos, que desde allí se hubiera difundido a otros lugares.

⁵ Angulo, Carlos. *La Tradición Malambo: un Complejo Temprano en el Noroeste de Suramérica*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá, 1981.

ORIGEN GEOGRÁFICO DE LOS CARIBES Y DE LOS ARAWAK



Varios milenios antes de la llegada de los españoles, ya estaba asentado en una franja costera de las actuales repúblicas de Venezuela, Guyana y Surinam un grupo étnico de la familia lingüística arahuaca (*arawak*), y al suroriente de ese territorio, en lo que es hoy la Guayana francesa y el Estado Amapá en Brasil, se encontraba otro grupo de temperamento guerrero y belicoso cuyo nombre originario era *Galibi*, que sería cambiado por los españoles por el de *caribales*. El cambio se produjo porque Colón, influido por lo que había leído en los cuadernos de Marco Polo, donde se contaba que el famoso navegante se había topado en su viaje a China con seres fabulosos como los “come- hombres” o los “hombres-perro”, asoció esas lecturas con los relatos que ahora le hacían los nativos de las Antillas sobre la ferocidad de los *Galibi*, que según narraban comían carne humana y, por eso, el genovés los bautizó con el nombre de caribales, para identificar a ese grupo que practicaba la antropofagia.

Esta es la etimología histórica de la palabra Caribe, que hoy no es un epíteto ofensivo sino la denominación de una región, de un mar y de una cultura, que durante siglos ha arraigado en el alma de sus gentes, identificándolas por su idiosincrasia y sus costumbres por encima de fronteras territoriales.

DEESPLAZAMIENTO DE LOS TAÍNO-ARAWAK



Alrededor del siglo V a.C. los arawak fueron hostilizados por los *Galibi*, circunstancia que los obligó a desplazarse hacia las Antillas. Llegaron a la isla Trinidad y de allí pasaron a la parte septentrional de las Antillas Menores (Islas Vírgenes, San Martín, Antigua y Barbado), y luego a las Antillas Mayores (Cuba, la Española, Puerto Rico y Jamaica). Durante las incursiones que los caribes realizaron contra los arawak se apoderaron de sus mujeres como botín de guerra, y de ese raptó resultó una mixtura de sangres y de lenguas. Los taíno-arawak reaccionaron y lograron arrinconar a sus opresores en la parte meridional de las Antillas Menores (Dominica, Martinica, Santa Lucía, San Vicente y Granada).

Los arawak habían llegado allí provenientes del noroeste amazónico en la región del Alto Río Negro, donde se encontraba asentada la proto etnia Mapure-Arawak, que por la presión demográfica debió dispersarse en diferentes direcciones. Uno de esos grupos se dirigió hacia el estuario del Orinoco y otros a la parte septentrional de Colombia. Varios investigadores confirman esa procedencia y coinciden también en que hacia el año 200 antes de Cristo ya se evidenciaba la presencia de tribus arawak en la península de la Guajira.

LA CUENCA DEL RÍO AMAZONAS



Los caribes estaban originalmente un poco más al este de la zona donde estaban los arawak. Ocupaban una gran área al norte de la parte central del río Amazonas, un poco al norte de Manaos. De ahí se dirigieron hacia el nororiente y se establecieron en lo que hoy es la Guyana Francesa y el estado de Amapá en Brasil.

Pero como el carácter belicista de los caribes estaba en sus genes, nuevamente en el siglo primero de la era cristiana volvieron a arremeter contra los taíno-arawak que se vieron obligados a emigrar a la parte más septentrional de Suramérica. Eso explica por qué la lengua de los wayuu tiene ancestro arawak y su cultura tiene la impronta de esa etnia. Y es muy probable que otras tribus asentadas en la llanura Atlántica de Colombia, y que fueron descritas por los españoles como caribes, tengan en alguna proporción raíces arawak, adquiridas cuando los caribes raptaron mujeres arawak en las Antillas o en el oriente de Venezuela. Sin embargo,

en las Antillas las mujeres raptadas seguían enseñándoles a sus hijos el taíno-arawak, pero penetrado por muchos vocablos caribes, lo que ha dificultado identificar cuál es el tronco lingüístico que dio origen a nuestras lenguas.

En el período prehispánico los arahuacos y caribes hicieron sentir su influencia no sólo en el complejo insular de las Antillas sino en la parte septentrional de la actual Colombia, y desde ahí a otras regiones del país. Los Wayuu de la Guajira tienen ancestro arahuaco como lo demuestran su lengua *wuayuunaiki*, clasificada hoy dentro de la gran familia *arawak*, un hecho sobre el cual existe consenso entre los lingüistas. Pero por la mixtura étnica y lingüística que se produjo cuando los caribes sometieron a los arahuacos y los obligaron a desplazarse hacia las Antillas y a la zona norte de la actual Colombia, no sólo la lengua de los wayuu sino otras lenguas del norte de nuestro país contienen rasgos lingüísticos arawak. Es altamente probable que algunos grupos indígenas como los mocaná, los kalamarí, los yurbacos y los malibú pudieran tener esa mezcla con efectos sobre la cultura y la lengua. El mestizaje en nuestro país empezó mucho antes de que llegaran los españoles.

La cultura de la etnia caribe, con las peculiaridades de su lengua y de su talante guerrero penetró a través de la cuenca del río Magdalena y dejó su impronta en yariguíes, opones, carares, muzos, panches y pijaos. A su turno, por la cuenca del río Cauca la huella caribe quedó impresa en los catíos, pantagoras, quimbayas, y aún en los calimas.

INFLUENCIA KARIB

El antropólogo y etnólogo francés, Paul Rivet, en un artículo titulado: *La influencia karib en Colombia II. El Caracolí* presenta una serie de evidencias que le permiten concluir que la técnica de la aleación empleada en la orfebrería por las tribus del Orinoco y las Guayanas migraron a través del Caribe colombiano y de los valles del Magdalena y del Cauca a la zona andina. Fundamenta su conclusión en lo que sabe de la etnogenia de nuestros principales grupos indígenas, y al respecto expresa:

Mientras que ningún dato permite suponer, que a una época cualquiera, pueblos chibchas hayan penetrado profundamente en el territorio que hoy pertenece a Venezuela y a las Guayanas, tenemos pruebas de que tribus karib han invadido antiguamente la cordillera de los Andes. Los testigos de estas invasiones son los Motilón, que viven en la Serranía de Perijá, al oeste del Lago de Maracaibo, los Yariguí y los Carare de la ribera derecha del Magdalena, los Muzo y los Kolima al sur de los precedentes, los Chocó y sus parientes de la hoya del Cauca y probablemente los Pantagora, los Panche y los Pijaos de las riberas del Magdalena.

Pero no sólo fue la técnica de la aleación de metales sino la palabra con que se designaba. Cuando los conquistadores españoles llegaron a las Antillas y al norte de Suramérica quedaron estupefactos al ver a los nativos portando ornamentos de oro. Sin embargo, los cronistas también advirtieron que esas piezas no eran de oro puro, sino de una aleación con cobre y ocasionalmente con plata. El propio Colón después de su tercer viaje en 1498 llevó a España algunos de esos ornamentos y al ser analizados se comprobó que contenían una mezcla de los tres metales, en la siguiente proporción: oro 56%, cobre 25% y plata 19%. En la lengua karib de los indios de las Antillas Menores, Venezuela y Guayanas se designa con

varios nombres: **karakolí, kurikurí, karikorí Karakolí o karikurí** era no sólo el nombre que le daban a la aleación de metales, sino a los objetos que elaboraban con ellos. Fray Pedro de Aguado (franciscano) en su obra *Recopilación Historial* dice que los indígenas de la costa colombiana, desde Santa Marta hasta Riohacha usaban *caricuríes* colgados de la ternilla que separa las fosas nasales, a la que perforaban para darle estabilidad al ornamento. Y el cronista Pedro Cieza de León relata que los indios de San Sebastián en las inmediaciones del Golfo de Urabá, usaban caricuríes, que él describía como clavos retorcidos de oro que llevaban colgados a la nariz. Esta costumbre la adoptaron también los indígenas del Valle de Aburrá, según lo cuenta Pedro de Aguado, así como los caciques de Anserma, según lo relata Jorge Robledo en su *Descripción de los pueblos de la provincia de Anserma*. Incluso los chibchas entronizaban a sus caciques y ordenaban a sus líderes espirituales con *caricuríes* que, según el cronista Pedro Simón, provenían de la provincia de Santa Marta. Rivet afirma que la palabra karakolí es, sin duda alguna, de origen karib, y si aparece en otras lenguas que no pertenecen a esta familia lingüística fue por contacto con los karib.

Otra manifestación originaria de las culturas al norte el río Amazonas y de los indígenas del Orinoco, que hizo su migración mediante el proceso de difusión hacia el interior de Colombia, y considerada netamente karib, es el uso de una cinta bien amarrada entre la rodilla y el tobillo para crear un crecimiento anormal de la pantorrilla. Rivet presenta evidencias arqueológicas que muestran cómo esta costumbre llegó incluso hasta indígenas tan lejanos como gorriones y pubenenses en el departamento del Cauca, pasando por grupos indígenas intermedios como los Motilón, los Yariguí, los Carare, los Pantagora, los Quimbaya y los Panche. En cerámicas o en las tapas de urnas funerarias de esa cadena de pueblos se ven representaciones de la referida costumbre karib.

El conquistador Jorge Robledo en referencia a los caciques de Anserma, decía: “*traen debajo de la rodilla un gran bulto de chaquira, ... para que críen pantorrilla, y mismo hacen en los brazos para criar molledo, y lo mismo en las muñecas de los brazos*”. Para el etnólogo francés la existencia de esta práctica en una área determinada es un indicio que nos permite seguir los rastros de la invasión karib.

GRUPOS INDÍGENAS PRINCIPALES

Cuando empezó la conquista, más de 400 pueblos indígenas, con una pluralidad y diversidad de lenguas, estaban esparcidos por todo el territorio nacional, asentados en los más variados entornos naturales. Era lógico que así sucediera porque ese fue el escenario megadiverso con que el destino gratificó a los colombianos. La diversidad ambiental, propició una diversidad cultural, pero por encima de esas diferencias, los grupos prehispánicos compartían unas ideas comunes sobre el cosmos, sobre la relación del ser humano con la naturaleza y sobre la manera de entender la vida y la muerte.

El animismo fue un denominador común en las tribus precolombinas, en las que no existía diferencia entre humanos y no humanos, sino que todos los seres de la naturaleza cumplían un rol en una compleja red de interrelaciones. Entendido el mundo de esa manera era lógico que imaginaran metamorfosis de una condición a otra, y para percibir esa transformación utilizaban

brebajes preparados con plantas que tenían propiedades alucinógenas, como el yagé o el yopo.⁶ Los indígenas veneraban a sus ancestros a quienes, según sus creencias de transmigración, veían convertidos en un jaguar o en cualquier otro animal que se caracterizara por su fuerza, agilidad y astucia para atacar al enemigo. Las máscaras eran una forma de compenetrarse con esas cualidades, pero los españoles no entendían por qué en las confrontaciones bélicas algunos grupos de guerreros se presentaban al escenario de la liza con caretas.

Lamentablemente, la primera información que nos llegó de nuestros aborígenes provino de los conquistadores y cronistas españoles que describieron a los diferentes grupos aborígenes con los que se topaban con la visión eurocéntrica que traían. Por eso, nunca pudieron entender la cosmología indígena ni la estrecha relación que su mundo espiritual tenía con las figuras que plasmaban en sus piezas de orfebrería. Los tunjos antropomorfos o zoomorfos eran vistos por los españoles como objetos de idolatría que, según su concepción religiosa, las había inspirado el demonio y, por lo tanto, debían arrojarse al fuego vivo, pero no para desaparecerlas sino para convertirlas en lingotes de oro que eran enviados a España.

En el libro me refiero con mucho detalle a los más importantes grupos aborígenes que se asentaron en nuestro territorio, desde los Tairona hasta la Cultura de San Agustín y la Tolita-Tumaco, destacando su creatividad, ingenio, habilidades y destrezas, pero aquí, por razones las limitaciones de tiempo, sólo haré unas breves referencias sobre algunos de ellos.

LOS TAIRONA

Este grupo indígena estaba asentando en la vertiente norte de la Sierra Nevada de Santa Marta (cuencas de ríos Guachaca, Don Diego y Buritaca). Debieron desplazarse hacia partes más altas en el año mil hostigados por los caribes. Y en 1.500 por las agresiones de los conquistadores españoles ansiosos de encontrar oro y, en ese afán, sacrificaron a centenares de indígenas y a degollar a varios de sus jefes. Los sobrevivientes se desplazaron a partes aún más altas.

Los taironas se distinguieron por su ingenio para construir imponentes obras de ingeniería. Desde el siglo VIII ya estaban los taironas construyendo escaleras de 1.200 peldaños y ciudades que reposaban sobre terrazas de piedra de 60 metros de diámetro, protegidas por muros de contención y sistemas de drenaje para encauzar las aguas y utilizarlas para riego y usos domésticos, sin erosionar las laderas. Se puede afirmar que los taironas fueron los primeros ingenieros civiles entre todas las tribus amerindias. La más impresionante de las ciudades construidas por ellos es Pocigüeica, hoy conocida como Ciudad Perdida, construida 650 años antes que Pachacútec ordenara edificar la ciudadela de Machupichu.

⁶ Fue el médico y naturalista inglés Richard Spruce, quien durante 15 años (1849-1864) estuvo explorando el Amazonas, el científico que registró la existencia de un **bejuco llamado yagé**, utilizado por los indígenas del Vaupés, en la Amazonía colombiana, para elaborar con ese vegetal una bebida que producía alucinaciones. Por otra parte, el yopo (*anadenanthera peregrina*) conocido también como tamarindo de teta, es un árbol perenne del Caribe y de la Orinoquia. Sus semillas se tuestan, se machacan en un mortero y se mezclan con cal y con las cenizas de hojas de algunas plantas para producir un polvo que inhalado produce estados modificados de conciencia. Lo usaban los chamanes y también los indígenas.

Pero los taironas no sólo se destacaron por la construcción de monumentales obras civiles. En los museos del mundo y de Colombia se pueden apreciar maravillosas piezas de oro elaboradas con maestría artística y admirar los filigranas de cuarzo, jade y coralina. Todavía sigue siendo un misterio como perforaban piezas de cuarzo de varios centímetros de largo y medio centímetro de diámetro, para hacerles agujeros por donde introducían hilos de algodón o de fique con los que ataban las cuentas de bellísimos pendientes circulares. ¿Qué método utilizaron los taironas para horadar un mineral tan duro como el cuarzo, en una región donde no había diamantes ni tenían instrumentos metálicos para esa labor?

Los taironas fueron maestros y pioneros en el arte de la orfebrería fina en América. La técnica de la cera perdida que ellos desarrollaron para fundir y moldear los metales la copiaron los muisca y otros grupos indígenas. La técnica de la cera perdida consiste en elaborar con esa sustancia la figura deseada; luego se recubría la figura con un molde de barro que se sometía al fuego, y cuando la cera se derretía se vaciaba para verter en el espacio dejado por ella el oro líquido, y una vez el metal se solidificaba se rompía el molde de barro para sacar la pieza aurífera.

Estos procedimientos contrastaban con los utilizados por los muisca, entre otros, el repujado directo sobre metal que no permitía lograr la perfección de la pieza, ni en los detalles ni en el brillo. Eso explica por qué las primeras obras de orfebrería de los muisca son de apariencia tosca y solo mejoraron cuando adoptaron las técnicas de los taironas.

Pero ¿Cuál es origen de los Tayrona? Algunos antropólogos afirman que llegaron de Centroamérica. Otros consideran que más bien fueron los taironas, expertos navegantes los que llegaron a Costa Rica y Guatemala con el propósito de realizar intercambios comerciales. Pero cualquiera haya sido el sentido de la migración, el movimiento debió producirse por vía marítima. El viaje debió realizarse a través del mar Caribe utilizando cayucos, embarcaciones construidas a partir del tronco de un árbol llamado Caracolí.

LOS MOKANÁ

Cuando los españoles llegaron al territorio que denominaron Gobernación de Cartagena, encontraron poblaciones indígenas bastante organizadas, algunas de ellas con preminencia sobre otras. No es fácil determinar cuando llegaron los antepasados de la etnia Mokaaná. El hecho de que las primeras migraciones de la etapa paleoindia se hubieran producido miles de años antes de Cristo dificulta la investigación científica. El cronista Fray Pedro Simón afirma que los antepasados de los mokaaná llegaron en canoas desde la región comprendida entre Maracapaná y Caracas, que eran claramente tribus caribes.

La historiadora Kathleen Romoli dice que cuando Rodrigo de Bastidas exploraba la costa occidental de la tierra firme se topó con indios flecheros muy feroces que, por llevar la cabeza rapada con una especie de tonsura, los españoles los llamaron “coronados”. Fernández de Oviedo también se refiere a esos indios coronados porque, según su descripción, andan trasquilados con el cabello del tamaño que lo suelen tener los que llevan tres meses con la cabeza rapada y en medio de ese pelo recién crecido se hacían una corona como la de los frailes agustinos. Esta descripción coincide con lo que se ha dicho atrás sobre la ausencia de penachos decorados con plumas, lo que nos lleva a concluir que los tales “coronados” deben ser los mismos mokaaná.

Un asunto que ha suscitado mucha controversia es el relacionado con la lengua de los mocaná. Algunos lingüistas la incluyen entre las lenguas malibú, pero esta lengua está en la categoría de lenguas no clasificadas y, por lo mismo, no resulta lógico colocar la lengua mocaná en una familia de lenguas cuyas características no han permitido su clasificación lingüística.

Todavía se sigue discutiendo la relación entre la lengua mocaná y las familias lingüísticas chibcha, caribe y arawak. Nos inclinamos a pensar que el mocaná es una lengua del *phylum* caribe con alguna influencia arawak. Pero no solamente fueron los mocaná los que recibieron influencia cultural y lingüística de tribus caribe y arawak; otros grupos indígenas que ocuparon zonas costeras del litoral Caribe colombiano, como los kalamarí, los yurbacos y los Urabá hablaban lenguas que eran el resultado de un mestizaje lingüístico donde se podía advertir los rasgos de esas dos principales etnias procedentes de Venezuela.

No es una mera casualidad que en la región caribe de Colombia se utilicen unas palabras que se emplean en Venezuela con el mismo significado, y sólo sean de uso habitual en estos dos países. Como tampoco que estas palabras tengan su origen en tribus venezolanas de ancestro caribe. Términos como arepa, guayuco, guacharaca, múcura, paraco, mico, de la lengua indígena cumanaagota, y otras igualmente caribes como manatí, maretira, patoco, taruya y totuma, son muy característicos de las zonas costeras del norte de Suramérica.

LOS WAAYUU

Son el grupo indígena más numeroso de los que existen en nuestro país. Se estima que hoy son más de 400.000. Su lengua se ha preservado y es la más hablada y una de las más estudiada lingüísticamente. Lo más notable es que haya perdurado a pesar de todos los embates que ha sufrido esa etnia, hecho que se explica por la tenacidad con que enfrentaron a los conquistadores europeos y al clima riguroso del desierto que le ha servido de refugio y escudo protector. Estas circunstancias explican por qué los primeros asentamientos que fundaron los conquistadores en esa región fueron rápidamente abandonados como le aconteció al pueblo de Santa Cruz de Castilletes, fundado por Alonso de Ojeda en 1501.

Hay consenso entre los etnólogos y lingüistas que en la parte occidental del Lago de Maracaibo, a donde habían llegado grupos indígenas de la etnia arawak, están los ancestros inmediatos de los Wayuu y de los Cosina (Kusi"na), que ocuparon la serranía del mismo nombre, considerada por los geólogos una prolongación de las estribaciones de la Sierra de Perijá. El término *wayuu* en la lengua *wayuunaiki* significa "persona" o "gente" que respeta las tradiciones y normas establecidas, mientras los *Cosina* eran gentes que frecuentemente las quebrantan. Un concepto parecido tenía don Juan de Castellanos que, en sus *Elegías de Varones Ilustres de Indias* los describía con gentes "malas y bestiales".

Los Wayuu trajeron prácticas ancestrales, pero también iniciaron unas nuevas para poder sobrevivir en un clima desértico, caluroso y seco. La mujer madre es el centro de la familia por ser el origen del clan y, por lo mismo, merecedora del mayor respeto. Tener sangre materna es tener una identidad y la certeza de un linaje clanil. Pero la madre no es la suprema autoridad de la familia. Esa competencia la tiene el *alaula*, es decir, el tío materno, que desempeña las funciones que cumple el padre en la cultura occidental. Es decir, no existe un matriarcado sino el establecimiento de un linaje matrilineal.

La mujer madre tiene una gran importancia en la organización familiar y social y es uno de los valores que los wayuu heredaron de sus antepasados y han seguido traspasando a las nuevas generaciones. La mujer madre es el centro de la familia por ser el origen del clan y, por lo mismo, merecedora del mayor respeto. Tener sangre materna es tener una identidad cierta de un linaje clanil. Pero la madre no es la suprema autoridad de la familia. Esa competencia la tiene el *alaula*, es decir, el tío materno, el hermano de la madre, que desempeña las funciones que cumple el padre en la cultura occidental. Es decir, no existe un matriarcado sino el establecimiento de un linaje matrilineal.

El papel de la madre ha sido decisivo para evitar confrontaciones violentas entre clanes. Las madres siempre han visto las guerras en las que generalmente acaban perdiendo a sus hijos o a sus esposos. En la cultura guajira ha prevalecido la institución del “*putchipu*”*puui*”, más conocido como el palabrero. Es la persona que lleva la palabra del clan ofendido. Y decimos clan porque en la cultura wayuu el responsable moral de una agresión u ofensa no es un individuo en particular sino todo el clan. A su turno, el *putchi*”*pala* es la persona encargada de recibir la palabra del clan agredido.

En la genuina cultura wayuu no existe la culpa, sino los daños y perjuicios causados, algo que puede parecer raro, pero son estas peculiaridades las que le dan una autenticidad a la cultura de este grupo indígena. El daño se debe saldar con una compensación económica, que la mayoría de las veces estaba y aún está constituida por semovientes: chivos, cabras, mulas y vacas, cuando las hay.

La lección importante que se deriva de este procedimiento wayuu para resolver conflictos y, especialmente para una sociedad como la colombiana que ha vivido en un permanente conflicto intestino, es la necesidad del diálogo, de escuchar las razones del otro, de buscar puntos de convergencia, lo que significa no adoptar posturas inmodificables o posiciones dogmáticas sustentadas en ideologías o en intereses personales. Una de las cosas que más daño le ha hecho al país ha sido la confrontación de caudillos, en la que cada parte contendiente se siente dueña exclusiva de la verdad.

EL GRAN ZENÚ



Este grupo indígena estaba asentado en los valles y zonas aledañas de los ríos Sinú, San Jorge, Cauca y Nechí y sus dominios se extendían hasta el litoral caribe en las inmediaciones del Golfo de Morrosquillo, en los actuales departamentos de Córdoba y Sucre. Antes de la llegada de los españoles estaban distribuidos en un extenso territorio que comprendía tres zonas geográficas: el *Finzenú* en la hoya del río Sinú; el *Panzenú* entre las cuencas de los ríos San Jorge y Cauca; y el *Zenufana*, la zona del Bajo Cauca y el Nechí, que es uno de sus afluentes. Las tres subregiones conformaban el Gan Zenú. El cacique más poderoso era el que regía en Zenufana, una región que poseía en las vertientes de sus ríos abundantes aluviones auríferos, y esa riqueza natural le dio una preeminencia sobre las otras comarcas.

Con el tiempo los indígenas Finzenú aprendieron quizá mediante un proceso de transculturación de los taironas la técnica de la aleación del oro con el cobre, la tumbaga, que se ha podido comprobar en narigueras y pectorales. También aprendieron la técnica de la cera fundida con la que se legraban piezas más delicadas y de mejor textura. La cultura Zenú floreció desde unos 200 años antes de Cristo hasta el 1100 d.C. A partir de esta cota cronológica los zenúes se replegaron en la Serranía de Abibe, buscando un clima menos propicio a las enfermedades tropicales que los estaban diezmando.

Finzenú era el centro ceremonial donde acudían todos los zenúes a enterrar a los caciques principales, que eran enterrados con sus allegados y con los objetos de oro que utilizaban en la vida. Esta zona era, además de centro religioso, la región especializada en la orfebrería; Panzenú era la región que suministraba los alimentos, especialmente cereales y tubérculos; y Zenufana se ocupaba de la extracción del oro, de tal manera que las tres regiones cumplían funciones complementarias e interdependientes.

Los Sinú o Zenú, fueron verdaderos expertos en el manejo tecnificado y racional del agua, y los canales de desagüe y terraplenes que construyeron son una obra digna de ingenieros especializados en hidráulica. Los sinúes fueron también precursores de la especialización del trabajo en el período prehispánico (Finzenú, Panzenú y Zenufana).

El equilibrio entre tierra y agua era un principio rector de su vida, pero igualmente de su sistema de pensamiento, por eso le rendían culto en la cosmología de esas sociedades, razón por la cual veneraban al caimán como símbolo de la vida anfibia.

LA PREGUNTA OBLIGATORIA

Una pregunta que surge de manera espontánea y qué no se puede dejar de hacer es la siguiente: Si grupos indígenas caribes fueron pioneros en ciertos desarrollos culturales...¿ por qué nos retrasamos? Esta no es sólo una pregunta sobre el pasado. Es una pregunta sobre el presente, porque muchas de las desigualdades que vemos hoy vienen de épocas anteriores. Las causas de esta desigualdad son múltiples, pero hay un factor que ha sido persistente desde la época de la Conquista y la Colonia: *es el modelo centralista de gobierno que no ha permitido un desarrollo integral de todas las áreas geográficas y se ha concentrado mucho en la capital política y sus zonas de influencia, dejando abandonadas vastas extensiones del territorio, generalmente en la periferia geográfica de la nación o de una provincia.*

Pero este centralismo no ha sido sólo de Bogotá. Una de las cosas que la historiografía tradicional no cuenta es el abandono en que las autoridades coloniales residentes en Cartagena mantuvieron durante más de dos siglos a las comarcas del *inland, es decir*, al territorio interior. Estas regiones eran una especie de “tierra del olvido”, a las que sólo miraban las autoridades para el reparto de encomiendas y mercedes de tierra. El gobernador Pedro de Heredia instauró el primer modelo centralista en el territorio que más tarde se llamaría Colombia. Pero era un centralismo excéntrico, pues el centro del poder estaba al lado del mar, geográficamente distinto al que surgiría unos años más tarde en el interior andino, desde donde se ordena y decide todo, pero con efectos similares al de Heredia, porque mantiene en abandono y rezago a la periferia geográfica de la nación.

En ese período colonial don Pedro de Heredia sólo se preocupaba por Cartagena y por la zona del Sinú, pero no para llevarle desarrollo sino para saquear las tumbas de caciques y apoderarse del oro que estaba allí enterrado. Todo lo demás de la extensa provincia estaba en completo abandono. Durante todo el período colonial contrastaba el progreso del dinámico puerto con el de su entorno rural, rústico y atrasado que se miraba como el patio trasero de la pujante capital. El desdén por lo provincial era de tal grado, que los mapas y planos que se elaboraban ignoraban la tierra adentro y se enfocaban exclusivamente a la ciudad fortificada, su puerto y sus baluartes.

Apenas en 1764, es decir, 231 años después de la fundación de Cartagena, don Antonio de Arévalo dibujó por primera vez el territorio del partido de Tierradentro, situado entre el río Magdalena y el Canal del Dique. Arévalo, como ingeniero militar, llamaba la atención sobre la importancia estratégica de esta región para la defensa de la ciudad amurallada. Pero la advertencia del ingeniero segoviano no modificó la actitud de las autoridades que continuaron ignorando el norte de la provincia. Esa desatención se pudo comprobar en el censo de Juan García Turín en 1777, donde Sabanalarga aparecía con 1.854 habitantes y ni uno solo figuraba como estudiante en esa población.

Es pertinente señalar que el libro no se limita al período prehispánico. El relato avanza cronológicamente y va presentando hechos que han sido importantes en nuestro devenir histórico durante los períodos de la Conquista, la Colonia, la Independencia y el período republicano hasta 1915. Pero en el relato destacamos personajes o acciones relacionados con el Caribe colombiano que han sido silenciados, o no han recibido la atención histórica que merecen o cuya importancia se ha querido amenguar con argumentos que los hechos y la verdad histórica contradicen. En la historiografía tradicional se le dio mucho realce al mal llamado grito de independencia en Santa Fe de Bogotá el 20 de julio de 1810, pero se ha silenciado el de Mompox el **6 de agosto de 1810**, ese sí grito de independencia absoluta de España. El primer grito de independencia absoluta se dio en Valledupar el 2 de junio de 1810, cuando 400 ciudadanos se alzaron gritando “Abajo el Rey, viva la libertad”. [1, 2, 3]

Durante la Conquista y la Colonia no sólo se produjo un choque de culturas sino una transformación radical: los colonizadores impusieron nuevas instituciones, e implantaron la explotación indígena de diversas maneras. No sólo nos conquistaron... nos reorganizaron. Desde el encuentro traumático de amerindios con europeos nos llegaron prejuicios que han permeado los diferentes períodos de nuestra historia y sobrevivido hasta la época actual con unas transformaciones sutiles que los mimetizan, pero que no los desaparecen. La segregación social y la discriminación étnica están presentes en nuestra sociedad sin que se

vislumbre un fin cercano de esos fenómenos que están en la raíz de muchos de los males y problemas que aquejan a nuestra nación.

En el libro describo los primeros ensayos con el sistema republicano en nuestro país, que dieron lugar a enfrentamientos entre hijos de una misma patria por el modelo de Estado que se debía establecer. Esas disputas en el amanecer de nuestra nación provocaron la pérdida de la independencia recién conquistada, un hecho que no es sólo para contarlos sino para que nos haga reflexionar en la hora actual, al observar la misma pugnacidad entre algunos de nuestros más publicitados líderes políticos.

La independencia nos liberó de España, pero no nos liberó de nosotros mismos... Ganamos la independencia... pero no aprendimos a ponernos de acuerdo. Nos enfrascamos en conflictos internos, guerras civiles y luchas de poder. Y muchas de esas tensiones siguen presentes hoy. Una batalla de egos nos ha llevado a una polarización en que cada parte se siente dueña exclusiva de la verdad. La búsqueda de un indispensable consenso se ha convertido en un propósito perdurable, pero las propuestas encaminadas a lograrlo han fracasado porque los actores de hoy, como los de ayer, se niegan a escuchar las razones de la contraparte, porque no hemos aprendido a escucharnos. Ojalá que en la hora actual, donde reinan la incertidumbre y el desasosiego, las posturas enfrentadas se flexibilicen y hagan posible el consenso que anhelamos desde hace doscientos años.

Este libro no intenta dar respuestas definitivas. Intenta algo más importante: hacer preguntas, interrogarnos ¿Por qué no hemos podido modificar conductas o hábitos que tanto daño han hecho en nuestro devenir histórico? Tenemos mucho que aprender del pasado y de nosotros mismos, y ese desafío nos reta permanentemente. No hacerlo o seguir aplazándolo es más grave de lo que pudiera parecer, porque un país que no entiende su origen es un país que no entiende su destino.

MUCHÍSIMAS GRACIAS!!!